Esta rica, colmada y abundante suficiencia de medios, que Dios concede a los pecadores para que le amen, aparece de manifiesto casi en toda la Escritura; porque contemplad a este divino amante junto a la puerta: no llama simplemente, sino que se detiene a llamar; llama al alma: *Levántate, apresúrate, amiga mía*[30]. *Alcé, pues, la aldaba de mi puerta para que entrase mi Amado*[31]. Si predica en medio de las plazas, no se limita a predicar, sino que anda clamando, es decir, en un continuo clamor. Si nos exhorta a que nos convirtamos, parece que nunca se cansa de repetir: *Convertíos, convertíos y haced penitencia; volver a Mí; vivid. ¿Por qué has de morir, oh casa de Israel?*[32] En suma, este divino Salvador nada olvida para mostrar que *sus misericordias se extienden sobre todas sus obras, que su misericordia sobrepuja al juicio*[33], *que su redención es copiosa*[34], que su amor es infinito, y, como dice el Apóstol, *que es rico en misericordia*[35], y que, por consiguiente *desearía que todos los hombres se salvasen*[36] *y que ninguno pereciese*[37].

IX

Cómo el amor eterno de Dios a nosotros dispone nuestros corazones con la inspiración, para que le amemos

Te he amado con perpetuo amor; por esto, misericordioso, te atraje hacia Mí, y otra vez te renovaré y te daré nuevo ser, oh Virgen de Israel[38]. Estas son palabras de Dios, por las cuales promete que el Salvador, al venir al mundo, establecerá un nuevo reino en su Iglesia, que será su esposa virgen, y *verdadera israelita*[39] espiritual.

Pues bien, como ves, oh Teótimo, *nos ha salvado no a causa de las obras de justicia que hubiésemos hecho, sino por su misericordia*[40], por esta caridad antigua o, por mejor decir, eterna, que ha movido a su providencia a atraernos hacia Sí. Porque, nadie puede llegar al hijo, nuestro Salvador, y, por consiguiente, a la salvación, si el Padre no le atrae[41].

Los ángeles, en cuanto se apartaron del amor divino y se abrazaron con el amor propio, cayeron en seguida como muertos y

quedaron sepultados en los infiernos, de suerte que lo que la muerte hace en los hombres, privándoles para siempre de la vida mortal, la caída lo hace en los ángeles, privándoles para siempre de la vida eterna. Pero nosotros, los seres humanos siempre que ofendemos a Dios, morimos de verdad, pero no de muerte tan completa que no nos quede un poco de movimiento, aunque éste es tan flojo que no podemos desprender nuestros corazones del pecado, ni emprender de nuevo el vuelo del santo amor, el cual, infelices como somos, hemos pérfida y voluntariamente dejado.

Y, a la verdad, que bien mereceríamos permanecer abandonados de Dios, cuando con tanta deslealtad le hemos abandonado; pero, con frecuencia, su eterna caridad no permite que su justicia eche mano de este castigo; al contrario, movido a compasión, se siente impelido a sacarnos de nuestra desdicha, lo cual hace enviando el viento favorable de la santa inspiración, la cual, dando con suave violencia contra nuestros corazones, se apodera de ellos y los mueve, elevando nuestros pensamientos y haciendo volar nuestros afectos por los aires del amor divino.

Este primer arranque o sacudida que Dios comunica a nuestros corazones, para incitarlos a su propio bien, se produce ciertamente en nosotros, mas no por medio de nosotros; pues llega de improviso, sin que nosotros hayamos pensado ni hayamos podido pensar en ello, porque *no somos suficientes por nosotros mismos para concebir algún buen pensamiento, como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios*[42], el cual no sólo nos amó antes de que fuésemos, sino que nos amó para que fuésemos y para que fuésemos santos, después de lo cual nos ha *prevenido con las bendiciones de su dulzura*[43] paternal, y ha movido nuestros espíritus al arrepentimiento y a la conversión. Mira, Teótimo, al pobre príncipe de los Apóstoles, aturdido en su pecado, durante la triste noche de la Pasión de su Maestro; no pensaba en arrepentirse de su pecado, como si jamás hubiese conocido a su divino Salvador, y no se hubiera levantado, si el gallo, como instrumento de la divina Providencia, no hubiese herido con el canto sus orejas, y si, al mismo tiempo, el dulce Redentor, dirigiéndole una mirada saludable, como un dardo amoroso, no hubiese traspasado su corazón de piedra, el cual, después, tanta agua derramó, como la piedra herida por Moisés en el desierto. La inspiración

desciende del cielo, como un ángel, la cual, tocando el corazón del pobre pecador, le mueve a levantarse de su iniquidad.

X

Que nosotros rehusamos con frecuencia la inspiración y nos negamos a amar a Dios

¡Ay de ti, Corozain! ¡Ai de ti, Betsaida!, porque si en Tiro y en Sidón, se hubiesen hecho los milagros que se han obrado en vosotros, tiempo ha que hubieran hecho penitencia, cubiertos de ceniza y de cilicio[44]. Estas son palabras del Salvador.

Mira, Teótimo, como los que han tenido menos atractivos se han movido a penitencia, y los que han tenido más, han permanecido en su obstinación; los que tienen menos motivos, acuden a la escuela de la sabiduría, los que tienen más, persisten en su locura.

Así se hará el juicio comparativo, según lo hacen notar todos los doctores, juicio que no puede tener otro fundamento sino el hecho de que, habiendo sido unos favorecidos con tantas o menos gracias que los otros, habrán rehusado su consentimiento a la misericordia, mientras los otros, habiendo sido objeto de iguales o menores atractivos, habrán seguido la inspiración y se habrán entregado a una santa penitencia; porque ¿cómo es posible echar en cara a los impenitentes su obstinación, sino comparándolos con los que se han convertido?

Pero, si es verdad, como lo prueba magníficamente Santo Tomás, que la gracia fue diversa en los ángeles y proporcionada a sus dones naturales, los serafines tuvieron una gracia incomparablemente más excelente que los simples ángeles del último orden. ¿Cómo, pues, pudo ocurrir que algunos serafines, y el primero entre todos ellos, según la opinión más probable y más común entre los antiguos, cayesen, y que una considerable multitud de otros ángeles inferiores perseverasen tan excelente y animosamente? ¿Por qué Lucifer, tan encumbrado por naturaleza y sublimado por la gracia, cayó, y tantos ángeles menos aventajados permanecieron fieles hasta el fin? Es cierto que los que perseveraron, deben, por ello, a Dios, toda alabanza, pues, por su misericordia, los creó

y los conservó buenos; mas Lucifer y todos sus secuaces, ¿a quién pueden atribuir su caída, sino, como dice San Agustín, a su voluntad, la cual, en uso de su libertad, se apartó de la divina gracia, que tan suavemente los había prevenido? *¿Cómo caíste del cielo, oh lucero*[45], tú que, como una hermosa aurora, apareciste en este mundo invisible revestido de la claridad primera, como de los primeros *resplandores* de una nueva mañana, que debía *crecer hasta el mediodía*[46] de la gloria eterna? No te faltó la gracia, pues poseíste, como tu naturaleza, la más excelente de todas; pero faltaste a la gracia. Dios no te había despojado de los efectos de su amor; jamás Dios te hubiera rechazado, si tú no hubieses rechazado su amor. ¡Oh Dios de bondad! Vos sólo dejáis a los que os dejan; nunca negáis vuestros dones sino a los que os niegan su corazón.

XI

Que no hay que atribuir a la divina Bondad el que no tengamos un muy excelente amor

¡Oh Dios mío! ¡Con cuán poco tiempo haríamos grandes progresos en la santidad, si recibiésemos las inspiraciones celestiales según toda la plenitud de su eficacia! Por abundante que sea la fuente, nunca sus aguas entrarán en un jardín según su caudal, sino según la estrechez o la anchura del canal por donde sean conducidas. Aunque el Espíritu Santo, como un manantial de agua viva, inunda por todas partes nuestro corazón, para derramar en él su gracia, sin embargo, no queriendo que ésta entre en nosotros sino por el libre consentimiento de nuestra voluntad, no lo vierte sino según la medida de su agrado y de nuestra disposición y cooperación, tal como lo dice el sagrado concilio, el cual también, según me parece, por causa de la correspondencia de nuestros consentimiento con la gracia, llama a la recepción de ésta, recepción voluntaria.

En este sentido, nos exhorta San Pablo *a no recibir la gracia de Dios en vano*[47]. Sucede a veces que, sintiéndonos inspirados para hacer mucho, no aceptamos toda la inspiración, sino tan sólo una parte, como lo hicieron aquellas personas del Evangelio, las

cuales, invitadas, por inspiración de nuestro Señor, a seguirle, quisieron reservarse: el uno *el dar primero sepultura a su padre*[48], y el otro el ir a despedirse de los suyos.

Mientras la pobre viuda tuvo vasijas vacías, el aceite, cuya multiplicación había impetrado milagrosamente Eliseo, no cesó de fluir; mas, cuando ya no hubo vasijas para recibirle, dejó de multiplicarse[49]. A medida que nuestro corazón se dilata, o, mejor dicho, a medida que se deja alargar y dilatar y que no rehúsa el vacío de su consentimiento a la misericordia divina, derrama ésta continuamente y vierte sin cesar sus santas inspiraciones, las cuales van creciendo y hacen que crezca más y más nuestro amor santo. Mas, cuando ya no hay vacío y no prestamos más nuestro consentimiento, entonces se detiene.

¿Por qué causa no hemos progresado en el amor de Dios tanto como San Agustín, San Francisco, Santa Catalina de Génova o Santa Francisca? Porque Dios no nos ha concedido esta gracia. Mas ¿por qué Dios no nos ha concedido esta gracia? Porque no hemos correspondido cual era debido a sus inspiraciones. Y ¿por qué no hemos correspondido? Porque, siendo libres, hemos abusado de nuestra libertad.

El devoto hermano Rufino, con motivo de una visión que tuvo de la gloria a que llegaría el gran Santo Francisco, por su humildad, le hizo esta pregunta: Mi querido padre, os ruego que me digáis qué opinión tenéis de vos mismo. Respondió el santo: Ciertamente, me tengo por el mayor pecador del mundo y por el que sirve menos al Señor. Pero, replicó el hermano Rufino: ¿cómo podéis decir esto en verdad y en conciencia, cuando otros muchos, como es manifiesto, cometen muchos y muy grandes pecados, de los cuales, gracias a Dios, vos estáis exento? Díjole San Francisco: Si Dios hubiese favorecido a todos estos, de quienes hablas, con tanta misericordia como a mí, estoy seguro de que, por malos que ahora sean, hubieran sido mucho más agradecidos que yo a los dones de Dios, y le hubieran servido mucho mejor de lo que yo le sirvo; y, si Dios me abandonase, cometería muchas más maldades que cualquiera de ellos.

Ve, pues, Teótimo, el parecer de este hombre, que casi no fue hombre, sino un serafín en la tierra. Es para mí un verdadero oráculo el sentir de este gran doctor en la ciencia de los santos, el cual, educado en la

escuela del Crucificado, no respiraba sino según las divinas inspiraciones. Por esta causa, dicha sentencia ha sido alabada y repetida por todos los devotos de los tiempos posteriores, muchos de los cuales creen que el gran Apóstol San Pablo habló en el mismo sentido, cuando dijo que era *el primero de los pecadores*[50].

La bienaventurada madre Teresa de Jesús, virgen, toda ella angelical, hablando de la oración de quietud, dice estas palabras[51]: Son muchas las almas que llegan a este estado, pero muy pocas las que pasan más adelante, no sé por qué causa. A la verdad, la falta no es por parte de Dios, porque, como quiera que su divina Majestad nos ayuda y nos concede llegar hasta este punto, creo que no dejaría de ayudarnos más, si no fuese por culpa nuestra, por lo que somos nosotros los que ponemos el obstáculo. Tengamos, pues, cuenta, del amor que debemos a Dios, porque el amor que Él nos tiene no nos faltará.

XII

Que los llamamientos divinos nos dejan en completa libertad para seguirlos o para no aceptarlos

No hablaré aquí, de aquellas gracias milagrosas que han trocado, en un momento, los lobos en corderos, los peñascos en manantiales, y los perseguidores en predicadores.Dejo de un lado estas vocaciones omnipotentes y estas mociones santamente violentas, por las cuales Dios, en un instante, ha hecho pasar algunas almas escogidas del extremo de la culpa al extremo de la gracia, realizando en ellas, si se me permite hablar así, una especie de transubstanciación moral y espiritual, como le aconteció al gran Apóstol que, de Saulo, vaso de persecución, se convirtió súbitamente en Pablo, *vaso de elección*[52]. Hay que colocar en una categoría especial a estas almas privilegiadas, sobre las cuales se ha complacido Dios en derramar sus gracias, no a manera de afluencia, sino de verdadera inundación, ejercitando en ellas, no sólo la liberalidad y la efusión, sino la prodigalidad y la profusión de su amor. La justicia divina nos castiga, con frecuencia, en este mundo, con penas que, por ser ordinarias, son también, casi siempre,

desconocidas, y pasan inadvertidas. Algunas veces, empero, envía diluvios y abismos de castigos, para que reconozcamos y temamos la severidad de su indignación. De la misma manera, su misericordia convierte y premia, comúnmente, a las almas de un modo tan dulce,tan suave y delicado, que casi no se dan cuenta de ello; mas acontece, a veces, que esta bondad soberana rebasa las riberas ordinarias, y, como un río que, hinchado e impelido por la afluencia de las aguas, sale de madre e inunda la llanura, derrama sus gracias con tanto ímpetu, y al mismo tiempo, con tanto amor, que en un momento cubre y satura el alma de bendiciones, para poner de manifiesto las riquezas de su amor; y así como su justicia procede generalmente por vía ordinaria, y, a veces, por vía extraordinaria, también su misericordia ejerce su liberalidad por vía ordinaria sobre el común de los hombres, y sobre algunos también por medios extraordinarios.

El lazo propio de la voluntad humana es el goce y el placer. Muéstrale a un niño nueces —dice San Agustín— y se sentirá atraído como un imán; es atraído por el lazo, no del cuerpo sino del corazón. Ved, pues, como nos atrae el Padre Eterno: enseñándonos nos deleita, pero sin imponernos ninguna necesidad. Tan amable es la mano de Dios en el manejo de nuestro corazón y tanta es su destreza en comunicarnos su fuerza, sin privarnos de la libertad, y en darnos su poderoso impulso, sin impedir el de nuestro querer, que, en lo que atañe al bien, así como su potencia nos da suavemente el poder, de la misma manera su suavidad nos conserva poderosamente la libertad del querer. *Si tú conocieras el don de Dios* —dijo el Salvador a la Samaritana— *y quién es el que te dice: Dame de beber; puede ser que tú le hubieras pedido a Él, y Él te hubiera dado agua viva*[53].

Las inspiraciones, Teótimo, nos previenen y, antes de que pensemos en ellas, se dejan sentir; pero, una vez las hemos sentido, de nosotros depende el consentir, para secundarlas y seguir sus movimientos, o el disentir y el rechazarlas. Se dejan sentir sin nosotros, pero no hacen que consintamos sin nosotros.

XIII

De los primeros sentimientos de amor que los alicientes divinos levantan en el alma antes que ésta tenga la fe

Cuando la inspiración, como su sagrado viento, viene para levantarnos por el aire del santo amor, prende, primero, en nuestra voluntad, y, por el sentimiento de algún goce celestial, la mueve, extendiendo y desplegando la inclinación natural que tiene hacia el bien; de suerte que esta misma inclinación le sirve de asidero para coger nuestro espíritu; *y todo esto* (según ya se ha dicho) *se hace en nosotros sin nosotros;* porque es el favor divino el que nos previene de este modo. Si nuestro espíritu de esta manera santamente prevenido, al sentir las alas de su inclinación movidas, abiertas, extendidas, impulsadas y agitadas por este viento celestial, coopera, aunque sea poco, con su consentimiento, ¡ah! ¡qué felicidad la suya, oh Teótimo!, porque la misma inspiración y el mismo favor que nos han asido, mezclando su acción con nuestro consentimiento, animando nuestros débiles movimientos con su fuerza y dando vida a nuestra flaca cooperación con el poder de su operación, nos ayudará, conducirá y acompañará de amor en amor, hasta que lleguemos al acto de la fe santa, necesario para nuestra conversión.

San Pacomio, cuando todavía era un joven soldado y no conocía a Dios, alistado bajo las banderas del ejército que Constantino había levantado contra el tirano Majencio, se alojó, con el batallón a que pertenecía, en una pequeña ciudad situada no my lejos de Tebas, donde, no sólo él, sino todo el ejército, se halló falto de toda clase de víveres. Llegó ello a noticia de los habitantes de aquel lugar, que por feliz providencia eran fieles de Jesucristo, y proveyeron en seguida a la necesidad de los soldados, con tanta solicitud, cortesía y afecto, que Pacomio se sintió arrebatado de admiración, y, como preguntase qué gente era aquella, tan bondadosa, amable y simpática, le dijeron que eran cristianos, e, inquiriendo acerca de su ley y de su manera de vivir, supo que creían en Jesucristo, hijo unigénito de Dios, y que hacían bien a toda clase de personas, con la firme esperanza de recibir del mismo Dios una espléndida recompensa. El pobre Pacomio, aunque de buen natural, había dor-

mido hasta entonces el sueño de la infidelidad; y he aquí que, de repente, encontróse con Dios en la puerta de su corazón, y, por el buen ejemplo de aquellos cristianos, como por una dulce voz, llamóle y despertóle y le infundió el primer sentimiento del calor vivificante de su amor. Porque, apenas oyó hablar, como acabo de decir, de la amable ley del Salvador, cuando, lleno todo él de una nueva luz y de una consolación interior, retiróse aparte, y, después de haber reflexionado durante algún tiempo consigo mismo, exhalando un suspiro, exclamó en son de súplica, levantando las manos al cielo: Señor Dios, que habéis hecho el cielo y la tierra, si os dignáis dirigir vuestra mirada sobre mi bajeza y sobre mi pena y darme el conocimiento de vuestra divinidad, os prometo serviros y obedecer vuestros mandamientos toda mi vida. Después de este ruego y de esta promesa, el amor al verdadero bien y a la piedad tomaron en él un tan grande incremento, que no cesó jamás de practicar mil y mil ejercicios de virtud.

Te ruego, pues Teótimo, que veas como Dios va hundiendo suavemente y poco a poco la gracia de su inspiración dentro de los corazones que la aceptan, atrayéndolos hacia sí, de peldaño en peldaño, por esta escala de Jacob.

XIV

Del sentimiento del amor divino que se recibe por la fe

Dios propone los misterios de la fe a nuestra alma entre las obscuridades y las tinieblas, de suerte que no vemos las verdades, sino que tan sólo las entrevemos, tal como ocurre cuando la tierra está cubierta de niebla. Y, sin embargo, esta obscura claridad de la fe, una vez ha penetrado en nuestro espítiru, no por la fuerza de los discursos y de los argumentos, sino por la sola suavidad de su presencia, se hace creer y obedecer con tanta autoridad, que la certeza que nos da de la verdad sobrepuja a todas las demás certezas del mundo, y de tal manera sujeta todo nuestro espíritu con todos sus razonamientos, que, comparados con ella, no merecen crédito alguno.

El Espíritu Santo, que anima al cuerpo de la Iglesia, habla por boca de sus jefes, según la promesa del Señor. Los doctores, con

sus estudios y discursos, proponen la verdad, pero son los rayos del sol de justicia los que dan la certeza y producen el asenso. Esta seguridad que el espíritu humano siente por las cosas divinas y por los misterios de la fe, comienza por un sentimiento amoroso de complacencia, que la voluntad recibe de la hermosura y de la suavidad de la verdad propuesta; de suerte que la fe supone un comienzo de amor que nuestro corazón siente por las cosas divinas.

XV

Del gran sentimiento de amor que recibimos por la santa esperanza

Nuestro corazón, por un profundo y secreto instinto, en todas sus acciones pretende la felicidad y tiende hacia ella, y la busca de acá para allá, como a tientas, sin saber donde está ni en qué consiste, hasta que la fe se la muestra y le descubre acerca del sumo bien, en seguida conhabiendo encontrado el tesoro que buscaba, ¡qué contento en el pobre corazón humano, qué gozo, qué complacencia en el amor! ¡He encontrado al que buscaba mi alma, sin conocerle! No sabía a donde apuntaban mis pretensiones, cuando nada de cuanto deseaba me complacía, porque no sabía lo que buscaba. Quería amar, y no conocía lo que había de amar; por lo que, no dando mi deseo con el verdadero amor, mi amor estaba siempre en un verdadero, pero indefinido deseo; presentía el amor para desearlo, pero no sentía suficientemente la bondad que convenía amar para practicar el verdadero amor.

XVI

Cómo el amor se practica en la esperanza

Cuando el entendimiento humano se aplica convenientemente a considerar lo que la fe le descubre acerca del sumo bien, en seguida concibe la voluntad una extrema complacencia en este di-

vino objeto, el cual, por estar ausente, hace concebir un deseo más ardiente de su presencia.

La esperanza no es otra cosa que la amorosa complacencia que sentimos en la espera y en la pretensión de nuestro sumo bien; todo, en ello, se reduce al amor. En cuanto la fe me muestra mi sumo bien, lo amo, y, porque está ausente, lo deseo, y, al saber que quiere darse a mí, lo amo y lo deseo más ardientemente; porque también su bondad es tanto más amable y deseable, cuanto más dispuesta está a comunicarse. Ahora bien, por este proceso, el amor ha convertido el deseo en esperanza, pretensión y expectación, porque la esperanza es un amor que espera y quiere. Y porque el bien soberano que la esperanza aguarda, es Dios, y no lo espera sino de Dios, al cual y por el cual espera y aspira, esta santa virtud de la esperanza, viniendo a parar, por todas partes, a Dios, es, por lo mismo una virtud divina y teológica.

XVII

Que el amor de esperanza es muy bueno, aunque imperfecto

El amor que practicamos en la esperanza se dirige ciertamente a Dios, pero vuelve a nosotros; tiene su mirada puesta en la divina bondad, pero su objeto es nuestra utilidad; tiende a la suma perfección, pero pretende nuestra satisfacción, es decir, no nos lleva hacia Dios, porque Dios es soberanamente bueno en Sí mismo, sino porque es soberanamente bueno para con nosotros o, en otros términos, es nuestro interés, somos nosotros mismos lo que en él se encuentra.

Luego, el amor que llamamos de esperanza es un amor de concupiscencia, pero de una santa y bien ordenada concupiscencia, por lo cual no atraemos a Dios hacia nosotros ni hacia nuestra utilidad, sino que nos unimos a Él como a nuestra dicha suprema.

Y ésta es la manera como amamos a Dios por la esperanza; no para que sea nuestro bien, sino porque nosotros somos suyos; no como si fuese para nosotros, sino en cuanto nosotros somos para Él.

Amamos a nuestros bienhechores, porque son tales para con nosotros; pero les amamos más o menos, según sean más o menos grandes sus beneficios. ¿Por qué, pues, Teótimo, amamos a Dios con este amor de concupiscencia? Porque es nuestro bien. Mas ¿por qué le amamos soberanamente? Porque es nuestro bien sumo.

Ahora bien, cuando digo que amamos soberanamente a Dios, no digo, por esto, que le amamos con amor sumo; pues el sumo amor es el amor de caridad. En la esperanza, el amor es imperfecto, pues no tiende a la bondad infinita en cuanto es tal en sí misma, sino tan sólo en cuanto es tal para nosotros; sin embargo, porque, en esta clase de amor, no existe otro motivo más excelente que el que nace de la consideración del soberano bien, por esto decimos que por él amamos soberanamente, aunque nadie, en verdad, puede, con este sólo amor, ni observar los mandamiento de Dios ni llegar a la vida eterna, porque es un amor más de afecto que de efecto, cuando no va acompañado de la caridad.

XVIII

Que el amor se practica en la penitencia, y, en primer lugar, que hay varias clases de penitencia

La penitencia, hablando en general, es un arrepentimiento por el cual se rechaza y se detesta el pecado cometido, con la resolución de reparar, en lo posible, la ofensa y la injuria hecha a aquel contra quien se ha pecado. He incluido en la penitencia el propósito de reparar la ofensa, porque el arrepentimiento no detesta lo bastante el mal cuando permite voluntariamente que subsista su principal efecto, que es la ofensa y la injuria. Ahora bien, deja que subsista, mientras pudiendo repararla, no lo hace.

Dejo aparte, ahora, la penitencia de muchos paganos, los cuales, como atestigua Tertuliano, observaban entre ellos cierta apariencia de esta virtud, pero tan vana e inútil, que, en algunas ocasiones, llegaban a hacer penitencia por alguna obra buena. No hablo aquí sino de la penitencia virtuosa, la cual, según la diversidad de los motivos de los cuales proviene, es también de diferentes

especies. Existe, ciertamente, una penitencia puramente moral y humana, como la de Alejandro Magno, el cual, habiendo dado muerte a su amado Clito, pensó en dejarse morir de hambre, tan grande fue en él la fuerza de la penitencia.

Hay también otra penitencia, que es verdaderamente moral, pero religiosa, y en alguna manera divina, en cuanto procede del conocimiento natural que se tiene de haber ofendido a Dios con el pecado. El bueno de Epitecto deseó morir como un verdadero cristiano (y es muy probable que así acaeció), y entre otras cosas dice que estaría contento si, al morir, pudiese decir, levantando las manos a Dios: En nada, en cuanto de mí ha dependido, os he injuriado.

Este arrepentimiento, vinculado al conocimiento y al amor de Dios que la naturaleza puede procurar, dependía de la razón natural. Mas, como la razón natural dio más conocimiento que amor a los filósofos, los cuales no glorificaron a Dios de una manera proporcionada a la noticia que de Él tenían; por lo mismo, la naturaleza les comunicó más luz para entender cuán ofendido era Dios por el pecado, que calor para excitar en ellos el arrepentimiento necesario para la reparación de la ofensa.

Podemos, pues, muy bien afirmar, mi querido Teótimo, que la penitencia es una virtud enteramente cristiana, y en ella estriba casi toda la filosofía evangélica, según la cual, el que dice que no peca, es un insensato, y el que cree que puede poner remedio al pecado sin penitencia es un loco; porque ésta es la exhortación de las exhortaciones del Señor: *Haced penitencia*[54]. Ahora bien, ved una breve descripción del proceso de esta virtud.

Comenzamos por sentir profundamente que, en cuanto de nosotros depende, ofendemos a Dios con nuestros pecados, despreciándole y deshonrándole, desobedeciéndole y rebelándonos contra el Señor, quien, a su vez, se siente ofendido, irritado y despreciado, y reprueba y abomina la iniquidad. De este verdadero sentimiento nacen muchos motivos, los cuales, o todos, o en parte, o cada uno en particular, pueden movernos a arrepentimiento.

Otras veces, consideramos la fealdad y la malicia del pecado, tal como la fe nos lo enseña; por ejemplo, consideramos que, por el pecado, la semejanza o la imagen de Dios que resplandece en nosotros, queda manchada y desfigurada, y deshonrada la dignidad de nuestro espíritu.

También, en algunas ocasiones, nos mueve a penitencia la hermosura de la virtud, que nos acarrea tantos bienes, como males el pecado, y nos excitan, muchas veces, los ejemplos de los santos, pues la sola lectura de su vida conmueve a aquellos que no están del todo embrutecidos.

XIX

Que la penitencia sin el amor es imperfecta

El temor y los demás motivos de arrepentimiento de que hemos hablado, son buenos en cuanto son el principio de la sabiduría cristiana, que consiste en la penitencia; pero el que, con propósito deliberado no quisiera, en manera alguna, llegar al amor, que es la perfección de la penitencia, ofendería gravemente a Aquel que todo lo ha vinculado a su amor, como al fin de todas las cosas.

El arrepentimiento que excluye el amor de Dios, es infernal y parecido al de los condenados. El arrepentimiento que no rechaza el amor de Dios, aunque todavía no lo contenga, es bueno y deseable, pero es imperfecto, y no puede salvarnos, hasta que llegue a dar alcance al amor y ande mezclado con él, porque, así como dijo el gran Apóstol, que, aunque entregase su cuerpo a las llamas y diese todos sus bienes a los pobres, todo sería inútil sin la caridad, de la misma manera podemos decir, con verdad, que, aunque nuestra penitencia sea tan grande, que su dolor haga derretir en lágrimas nuestros ojos y parta nuestros corazones de pesar, de nada servirá para la vida eterna, si no tenemos el santo amor de Dios.

XX

Cómo la mezcla del amor con el dolor se realiza en la contrición

Entre las tribulaciones y los pesares de un vivo arrepentimiento, Dios introduce, con mucha frecuencia, en el fondo de nuestro corazón, el fuego sagrado de su amor; después este amor se con-

vierte en agua de muchas lágrimas, las cuales, en virtud de una nueva transformación, se convierten de nuevo en un mayor fuego de amor. De esta manera, la célebre amante arrepentida amó primero a su Salvador, y este amor se convirtió en llanto, y este llanto en un más excelente amor; por lo cual dijo nuestro Señor que se le habían perdonado muchos pecados, porque había amado mucho[55].

La penitencia es un verdadero desagrado, un dolor real, un arrepentimiento; pero, con todo, encierra la virtud y las propiedades del amor, como que proviene de un motivo amoroso, y, por esta propiedad, da la vida de la gracia. Por esta causa, la perfecta penitencia produce dos efectos diferentes; porque, en virtud de su dolor y de la detestación que incluye, nos separa del pecado y de las criaturas, a las cuales el deleite nos había unido; y, en virtud del motivo amoroso del cual trae su origen, nos reconcilia y nos une con Dios, del cual nos habíamos alejado por el desprecio; de forma que, al mismo tiempo que nos aparta del pecado, en su calidad de arrepentimiento, nos une con Dios, en su calidad de amor.

Este arrepentimiento amoroso se practica, ordinariamente, por ciertas aspiraciones o elevaciones del corazón a Dios, parecidas a las de los antiguos penitentes: *Vuestro soy, Señor, salvadme*[56]; *Tened piedad de mí, Dios mío, tened piedad de mí, ya que mi alma tiene puesta en Vos su confianza*[57]. *Sálvame, oh Dios, porque las aguas han entrado hasta mi alma*[58]. *Trátame como a uno de tus jornaleros*[59] *Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador*[60]. No sin razón han dicho algunos que la oración justifica; porque la oración penitente, o el arrepentimiento suplicante, al levantar el alma hacia Dios y al unirla de nuevo con su bondad, obtienen, indudablemente, el perdón, en virtud del santo amor producido por aquel santo movimiento. Debemos, por lo mismo, echar mano de aquellas jaculatorias que suponen un amoroso arrepentimiento y un deseo ansioso de reconciliación con Dios, para que, *presentando,* por su medio, al Salvador *nuestra tribulación*[61] derramemos nuestras almas delante y dentro de su compasivo corazón, que las escuchará con benevolencia.

XXI

Cómo los llamamientos amorosos de Dios nos ayudan y nos acompañan hasta conducirnos a la fe y a la caridad

Entre el primer despertar del pecado o de la incredulidad y la resolución última de creer perfectamente, transcurre, con frecuencia, mucho tiempo, durante el cual se puede orar, como lo hizo el padre del pobre lunático, el cual, según refiere San Marcos, al confesar que creía, es decir, que comenzaba a creer, reconoció, a la vez, que no creía bastante, pues exclamó: *Creo, Señor, pero aumentad mi fe*[62].

La inspiración celestial viene a nosotros y nos previene, moviendo nuestras voluntades al santo amor de Dios. Si nosotros no la rechazamos, nos envuelve y nos mueve, y nos impele continuamente hacia adelante; si no la dejamos, ella no nos deja sin dejarnos antes en el puerto de la caridad santísima, desempeñando por nosotros los tres oficios que el ángel San Rafael hizo por su amado Tobías; nos guía en nuestro viaje, por la santa penitencia; nos guarda de los peligros y de los asaltos del demonio, y nos consuela, anima y fortalece en las dificultades.

XXII

Breve descripción de la caridad

Has visto, Teótimo, de qué manera Dios, mediante un proceso lleno de suavidad inefable, conduce al alma, a la que Él mismo hace salir del Egipto del pecado, de amor en amor, como de mansión en mansión, hasta hacerla entrar en la tierra prometida, es decir, en la caridad santísima, la cual, por decirlo con una sola palabra, es una amistad, y no un amor interesado; no es una simple amistad, sino una amistad de dilección, por la cual escogemos a Dios, para amarle con un amor particular: porque la caridad ama a Dios por una estima y una preferencia de su bondad, tan alta y tan encumbrada sobre toda otra estima, que es un amor que las fuerzas de la naturaleza, ni humana ni angélica, no pueden producirlo,

sino que es el *Espíritu Santo* quien lo da y lo *derrama sobre nuestros corazones*[63].

Esta es la causa por la cual la llamamos amistad sobrenatural; pero también la llamamos así, porque se refiere a Dios y tiende hacia Él, no según la ciencia natural que tenemos de su bondad, sino según el conocimiento sobrenatural de la fe. Por lo cual, junto con la fe y la esperanza, establece su morada en la cumbre más alta del espíritu y, como reina llena de majestad, se sienta en la voluntad, como en su trono, y desde allí derrama sobre toda el alma sus suavidades y dulzuras, haciéndola, por este medio, toda hermosa, grata y amable a la divina bondad, de suerte que, si el alma es un reino en el cual el Espíritu Santo es el rey, la caridad es la reina, sentada *a su diestra, con vestido bordado en oro y engalanada con varios adornos*[64].

Luego, la caridad es un amor de amistad, una amistad de dilección, una dilección de preferencia, pero de preferencia incomparable, soberana y sobrenatural, la cual es como un sol en el alma, para embellecerla con sus rayos, en todas sus facultades espirituales para perfeccionarla, en todas las potencias para regirla, pero, en la voluntad, como en su trono, para residir en ella y hacer que quiera y ame a Dios sobre todas las cosas. ¡Oh! ¡Bienaventurado el espíritu en el cual se hubiere derramado este amor, pues, *juntamente con él, recibirá todos los bienes*[65].

LIBRO TERCERO

Del progreso y de la perfección del amor

I

Que el amor sagrado puede aumentar más y más en cada uno de nosotros

El sagrado concilio de Trento afirma que los amigos de Dios, *andando de virtud en virtud*[1], son cada día renovados, es decir, progresan, por sus buenas obras, en la justicia que han recibido por la divina gracia; y quedan más y más justificados, según estas celestiales enseñanzas: *El justo justifíquese más y más, y el santo más y más se santifique*[2]. *Combate por la justicia hasta la muerte*[3].

En esta escalera el que no sube, baja[4]*;* en este combate, el que no vence es vencido.

Los que corren el estadio, si bien todos corren, uno solo se lleva el premio. Corred, pues, de tal manera que lo ganéis[5]. ¿Cuál es el premio, sino Jesucristo, y cómo podréis lograrlo, si no le seguís? Si le seguís, andaréis y correréis siempre, pues Él nunca se detiene, sino que continúa en su carrera de amor y de *obediencia, hasta la muerte, y muerte de cruz*[6].

Ve, pues, mi querido Teótimo, y no tengas otra meta que la de tu vida, y mientras dure tu vida, corre en pos del Salvador, pero ardorosa y velozmente, porque ¿de qué te servirá el seguirle, si no logras la dicha de alcanzarle? Oigamos al profeta: *Incliné mi corazón a la práctica perpetua de tus justísimos mandamientos*[7]. No dice que los cumplirá durante algún tiempo, sino siempre, y, porque quiere obrar bien eternamente, obtendrá un eterno galardón. *Bienaventurados los que proceden sin mancilla, los que caminan según la ley del Señor*[8].

La verdadera virtud no tiene límites; siempre va más allá, de un modo particular la caridad, que es la virtud de las virtudes, la cual, teniendo un objeto infinito, sería capaz de llegar a serlo, si encontrase un corazón en el cual lo infinito tuviese cabida; pues nada impide que este amor sea infinito sino la condición de la voluntad que lo recibe, condición debida a la cual, así como jamás nadie verá a Dios en la medida que es visible, así nadie podrá amarle en la medida que es amable. El corazón que pudiese amar a Dios con un amor adecuado a la divina bondad, tendría una sola voluntad infinitamente buena, lo cual solamente es propio de Dios. De donde se sigue que la caridad puede, entre nosotros, perfeccionarse indefinidamente, es decir, puede hacerse cada día más excelente, pero nunca puede llegar a ser infinita.

La misma caridad de nuestro Redentor, en cuanto Hombre, aunque es muy grande, y está por encima de cuanto los ángeles y los hombres pueden llegar a comprender, no es, empero, infinita en su ser y en sí misma, sino tan sólo en la estimación de su dignidad y de su mérito, porque es la caridad de una persona de excelencia infinita, es decir, de una persona divina, que es el Hijo eterno del Padre omnipotente.

Es, por lo tanto, un favor extremado hecho a nuestras almas, el que puedan crecer indefinidamente y cada día más en el amor de Dios, mientras están en esta vida caduca.

II

Cómo nuestro Señor ha hecho fácil el crecimiento en el amor

¿Ves, Teótimo, este *vaso de agua*[9] o este pedazo de pan que un alma santa da a un pobre por amor a Dios? Pues bien, esta acción, ciertamente insignificante y casi indigna de consideración, según el juicio humano, es recompensada por Dios, que al instante concede por ella un aumento de caridad.

Digo que es Dios quien hace esto, porque la caridad no crece por sí misma, como el árbol que produce sus ramas y hace, por su propia virtud, que las unas salgan de las otras; al contrario, como quiera que la fe, la esperanza y la caridad son virtudes que tiene su

origen en la bondad divina, debemos tener siempre nuestros corazones sueltos e inclinados hacia ella, para impetrar la conservación y el aumento de estas virtudes. *Oh Señor* —nos hace decir la santa Iglesia—, *dadnos aumento de fe, de esperanza y de caridad*[10] a imitación de aquellos que decían al Salvador. *Señor, aumenta nuestra fe*[11], y, según la advertencia de San Pablo, el cual asegura que *poderoso es Dios para colmarnos de todo bien*[12].

Las abejas fabrican la deliciosa miel, que es su obra más preciada; más no por esto la cera fabricada también por ellas, deja de tener su valor y de hacer que su trabajo sea muy recomendable. El corazón amante, se ha de esforzar en hacer las obras con gran fervor, y ha de procurar que sean de un precio muy subido; pero, a pesar de ello, si las hace más pequeñas, no perderá del todo su recompensa, porque Dios se lo agradecerá, es decir, le amará cada vez un poco más, y nunca Dios comienza a amar más aun alma que vive en caridad, sin que, a la vez, se le aumente, pues nuestro amor a Él es el propio y peculiar efecto de su amor a nosotros.

Tal es el amor que Dios tiene a nuestras almas, tal el deseo de hacernos crecer en el amor que debemos profesarle. Su divina dulzura hace que todas nuestras cosas sean útiles; todo lo convierte en bien; hace que redunden en provecho nuestro todos nuestros quehaceres, por humildes y sencillos que sean.

En la esfera de las virtudes morales, las obras pequeñas no acrecientan la virtud de la cual proceden, sino que más bien la disminuyen; porque una gran generosidad perece, cuando comienza a dar cosas de poca monta, y de generosidad se convierta en tacañería. Pero en la economía de las virtudes que estriban en la misericordia divina, sobre todo en la caridad, todas las obras redundan en aumento de las mismas; lo cual no es de maravillar, porque el amor sagrado, como rey de las virtudes, nada tiene, pequeño o grande, que no sea amable, pues el bálsamo, príncipe de los árboles aromáticos, nada posee, ni corteza, ni hojas, que no exhale olor. ¿Y qué puede producir el amor que no sea amor y que no tienda al amor?

III

Cómo el alma, que vive en caridad, progresa en ella

Aunque, merced a la caridad derramada en nuestros corazones, podamos andar en la presencia de Dios y progresar en el camino de la salvación, siempre la divina bondad asiste al alma a la cual ha dado su amor, y la sostiene continuamente con su mano. Porque, de esta manera, 1.º, da a conocer mejor la dulzura de su amor para con ella; 2.º, la va animando siempre, más y más; 3.º, la alivia contra las inclinaciones depravadas y contra los malos hábitos contraídos por los pecados pasados; 4.º, y finalmente, la sostiene y defiende contra las tentaciones.

¿Acaso no vemos, oh Teótimo, que, con frecuencia, los hombres sanos y robustos tienen necesidad de que se le excite, para que empleen su fuerza y su vigor, y, por decirlo así, que se les acompañe de la mano hasta la obra? Así, habiéndonos dado Dios su caridad, y, por ella, la fuerza y los medios para adelantar en el camino de la perfección, con todo, su amor no le permite dejarnos solos, sino que le impele a ponerse en camino con nosotros, le insta a que nos inste, mueve su corazón a que mueva e impulse al nuestro a emplear bien la caridad que nos ha dado, mediante la frecuente repetición, con sus inspiraciones, de las advertencias que nos hace San Pablo: *Os exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios*[13]. *Mientras tenemos tiempo hagamos bien a todos*[14]. *Corred de tal manera que ganéis el premio*[15]. Debemos pues hacer cuenta, con frecuencia, que Dios repite a los oídos de nuestro corazón las palabras que decía el santo padre Abraham: *Camina delante de Mi y sé perfecto*[16].

Sobre todo es necesaria una asistencia especial de Dios al alma que tiene puesto el amor santo en empresas señaladas y extraordinarias; porque, si bien la caridad, por pequeña que sea, nos da la suficiente inclinación, y, como creo, la fuerza bastante para aspirar y para acometer empresas excelentes y de gran importancia, nuestros corazones tienen necesidad de ser impelidos y levantados por la mano y por el movimiento de este gran Señor. Así S. Antonio y S. Simeón Estilita estaban en caridad y en gracia de Dios, cuando se resolvieron a emprender un género de vida tan le-

vantado, y también la bienaventurada madre Teresa, cuando hizo el voto especial de obediencia; S. Francisco y S. Luis, cuando emprendieron el viaje a ultramar para la gloria de Dios; el bienaventurado Francisco Javier, cuando consagró su vida a la conversión de los indios; S. Carlos, cuando se puso al servicio de los apestados; S. Paulino, cuando se vendió para rescatar el hijo de la pobre viuda: jamás, empero, hubieran tenido arranques tan audaces y generosos, si a la caridad, que estaba en sus corazones, no hubiera añadido Dios las inspiraciones, las advertencias, las luces y las fuerzas especiales, por las cuales les animaba y lanzaba hacia estas proezas de valor espiritual.

¿No veis al joven del Evangelio, al cual nuestro Señor amaba, de lo que se desprende que vivía en caridad?[17]. En manera alguna pensaba en vender todo cuanto tenía para darlo a los pobres y seguir a nuestro Señor. Al contrario, cuando el Salvador le invitó a que hiciese esto, ni siquiera entonces tuvo el valor de realizarlo. Para estas grandes empresas, tenemos necesidad, no sólo de ser inspirados, sino también robustecidos para poner en práctica lo que la inspiración exige de nosotros. Como también, en las grandes acometidas de las tentaciones extraordinarias, nos es absolutamente necesaria una presencia particular del celestial auxilio. Por esta causa, la santa Iglesia nos hace decir con frecuencia: ¡Moved, oh Señor, nuestros corazones! Te suplicamos, Señor, que prevengas nuestros actos con santas inspiraciones y que con tu auxilio las continúes. ¡Oh Señor, acude presto en nuestra ayuda!; para que, con tales preces, alcancemos la gracia de poder hacer obras excelentes y extraordinarias y de hacer con más frecuencia y con mayor fervor las ordinarias, como también para que podamos resistir con más ardor a las pequeñas tentaciones y combatir valientemente las más fuertes.

IV

De la santa perseverancia en el sagrado amor

Así como una tierna madre que lleva consigo a su hijito, le ayuda y le sostiene según lo necesite, unas veces dejándole dar al-

gunos pasos en los lugares llanos y menos peligrosos; otras dándole la mano y aguantándole; otras tomándole en brazos y llevándole; de la misma manera, nuestro Señor tiene un cuidado continuo de la dirección de sus hijos, es decir, de los hombres que viven en caridad, haciéndoles andar delante de Él, dándoles la mano en las dificultades, sosteniéndolos Él mismo en sus penas, pues ve que de otra manera, se les harían insoportables. Lo cual declara por Isaías, cuando dice: *Yo soy el Señor tu Dios,* que te tomo por la mano y te estoy diciendo: *No temas, que Yo soy el que te socorro*[18]. Debemos, pues, con gran ánimo, tener una firmísima confianza en Dios y en sus auxilios, porque, si correspondemos a su gracia, *llevará al cabo la buena obra de nuestra salvación, tal como la ha comenzado*[19], *obrando en nosotros no sólo el querer sino el ejecutar*[20], como lo advierte también el santo concilio de Trento.

En esta dirección que la dulzura de Dios imprime en nuestras almas, desde que son introducidas en la caridad hasta la final consumación de ésta, que no se produce sino en la hora de la muerte, consiste el gran don de la perseverancia, al cual nuestro Señor vincula el gran don de la gloria eterna, según nos ha dicho: *Quien perseverare hasta el fin, éste se salvará*[21]*;* porque este don no es más que el conjunto de los diversos favores, consuelos y auxilios, merced a los cuales nos conservamos en el amor de Dios hasta el fin, como la crianza, la educación y la instrucción de un niño no son otra cosa que una multitud de cuidados, ayudas y socorros, y de varios oficios ejercitados y continuados con él hasta la edad en que ya no los necesita.

Pero esta serie de socorros y favores no es igual en todos los que perseveran, porque en unos es mucho más breve, como en los que se convierten a Dios poco antes de su muerte, tal como le ocurrió al buen ladrón; al dichoso portero que vigilaba a los cuarenta mártires de Sebaste, quien, al ver que uno de ellos perdía el ánimo y dejaba la palma del martirio, se puso en su lugar, y en un momento fue hecho, de una vez, cristiano, mártir y bienaventurado; y a otros mil, de quienes hemos visto o sabido que han tenido la dicha de morir bien, después de haber vivido mal. No tienen éstos necesidad de una gran variedad de auxilios; al contrario, si no les sobreviene alguna grave tentación, pueden obtener una perseverancia muy breve, con la sola caridad que han recibido y los auxilios, gra-

cias a los cuales se han convertido; porque estos tales llegan al puerto sin navegación y hacen toda su peregrinación de un solo salto, que la omnipotente misericordia de Dios les hace dar tan a propósito, que sus enemigos les ven triunfar, antes de verles combatir, y así su conversión y su perseverancia son casi una misma cosa. En otros, al contrario, la perseverancia es muy prolongada, como en Santa Ana la profetisa, en San Juan Evangelista, en San Pablo primer ermitaño, en San Hilarión, en San Romualdo, en San Francisco de Paula; para éstos han sido menester mil diversos auxilios, según la variedad de contingencias de su peregrinación y según la duración de ésta.

Siempre, empero, la perseverancia es el don más deseable que podemos esperar en esta vida, el cual, como dice el santo concilio, no es posible recibir sino de Dios, que es el único que puede derribar al que está en pie, y levantar al caído. Por esta causa, hemos de pedirlo continuamente, empleando, a la vez, los medios que Dios nos ha enseñado para conseguirlo, como la oración, el ayuno, la limosna, el uso de los sacramentos, el trato con los buenos, el oír y leer cosas santas.

Y podemos decir con verdad, juntamente con el Apóstol, que *ni la vida, ni la muerte, ni los ángeles, ni lo que hay de más alto ni de más profundo, podrá jamás separarnos del amor de Dios que está en Jesucristo nuestro Señor*[22]. Sí, porque ninguna criatura puede arrancarnos de este santo amor; únicamente nosotros podemos dejarlo y abandonarlo, por nuestra propia voluntad, fuera de la cual nada, en este punto, hemos de temer.

V

Que la dicha de morir en la divina caridad es un don especial de Dios

Finalmente, habiendo el rey celestial conducido al alma que ama hasta nuestro término de esta vida, todavía la asiste en su dichoso tránsito, por el cual la eleva hasta el tálamo nupcial de la gloria eterna, que es el fruto delicioso de la santa perseverancia. Y entonces, querido Teótimo, esta alma arrebatada toda de amor por

su Amado, al representársele la multitud de los favores y de los auxilios con que Dios la ha prevenido y asistido durante esta peregrinación, besa sin cesar esta dulce mano, que la ha traido, conducido y acompañado por este camino, y confiesa que de este divino Salvador ha recibido toda su dicha, pues ha hecho por ella todo cuanto el patriarca Jacob deseaba para su viaje, después de haber visto la escalera del cielo. ¡Oh Señor! —dice entonces— Vos habéis estado conmigo, y me habéis guardado en el camino por el cual he venido; Vos me habéis dado el pan de vuestros Sacramentos para mi sustento; Vos me habéis vestido el traje nupcial de la caridad; Vos me habéis guiado hasta esta morada de gloria que es vuestra mansión, oh Padre eterno. ¡Ah Señor! ¿Qué me queda por hacer sino confesar que sois mi Dios por los siglos de los siglos?

Tal es, pues, el orden de nuestra marcha hacia la vida eterna, para cuya ejecución la divina Providencia ha dispuesto, desde la eternidad, la multitud, de gracias necesarias para ello, con la mutua dependencia de unas con respecto a otras.

Ha querido, en primer lugar, con verdadero deseo, que, aun después del pecado de Adán, todos los hombres se salven, pero de una manera y por unos medios adecuados a la condición de su naturaleza dotada de libre albedrío, es decir, ha querido la salvación de todos los que han prestado su consentimiento a las gracias y a los favores que les ha preparado, ofrecido y distribuido con esta intención.

Ahora bien, quiso que, entre estos favores, fuese el primero el de la vocación, y que ésta fuese tan compatible con nuestra libertad, que pudiésemos aceptarla o rechazarla a nuestro arbitrio; a aquellos de quienes previó que la aceptarían, quiso procurarles los santos movimientos de la penitencia; dispuso que se concediese la santa caridad a los que hubiesen de secundar estos movimientos; tomó el acuerdo de dar los auxilios necesarios para perseverar a los poseedores de esta caridad, y a los que habían de aprovecharse de estos divinos auxilios, resolvió otorgarles la perseverancia final y la gloriosa felicidad de su amor eterno.

Podemos, pues, dar razón del orden de los efectos de la Providencia en lo que atañe a nuestra salvación, descendiendo desde el primero hasta el último, es decir, desde el fruto, que es la gloria, hasta la raíz de este hermoso árbol, que es la redención del Salva-

dor; porque la divina bondad da la gloria según sean los méritos, los méritos según la caridad, la caridad según la penitencia, la penitencia según la obediencia a la vocación, y la vocación según la redención del Salvador, en la cual se apoya aquella mística escala de Jacob, que, del eterno Padre, donde los elegidos son recibidos y glorificados, y del lado de la tierra, surge del seno y del costado abierto del Señor, muerto en la cima del Calvario.

Y que este orden en los efectos de la Providencia, con su mutuo enlace, haya sido dispuesto por la voluntad eterna de Dios, aparece atestiguado por la santa Iglesia, en una de sus oraciones solemnes, de esta manera: *Omnipotente y eterno Dios, que de vivos y muertos eres árbitro, y que usas de misericordia con todos aquellos que, por su fe y sus obras, sabes que han de ser tuyos*[23], como si dijese que la gloria, que es la consumación y el fruto de la misericordia divina para con los hombres, sólo está reservada a aquellos que, según la previsión de la divina sabiduría, serán, en el porvenir, fieles a la vocación y abrazarán la fe viva, que obra por la caridad.

En suma, todos estos efectos dependen absolutamente de la redención del Salvador, que los ha merecido para nosotros, en todo rigor de justicia, por la amorosa *obediencia* practicada *hasta la muerte, y muerte de cruz*[24], la cual es la raíz de todas las gracias que recibimos los que somos sus vástagos espirituales, injertados en su tronco. Si, después de injertados, permanecemos[25] en él, llevaremos, sin duda, por la vida de la gracia que nos comunicará, el fruto de la gloria que nos ha sido preparada; pero, si somos como renuevos e injertos cortados de este árbol, es decir, si con nuestra resistencia quebramos la trabazón y el enlace de los efectos de su bondad, no será de maravillar si, al fin, nos arranca del todo y nos arroja *al fuego*[26] eterno, como ramas inútiles.

Es indudable que Dios ha preparado el paraíso para aquellos de quienes ha previsto que han de ser suyos. Seamos, pues, suyos por la fe y por las obras, y Él será nuestro por la gloria; porque, si bien el ser de Dios es un don del mismo Dios, es, empero, un don que Dios a nadie niega; al contrario, lo ofrece a todos, para darlo a los que de buen grado consienten en recibirlo.

Pero, ruégote, Teótimo, que veas con qué ardor desea Dios que seamos suyos, pues con esta intención se ha hecho todo nues-

tro, dándonos su muerte y su vida: su vida, para que fuésemos exentos de la muerte eterna; y su muerte, para que pudiésemos gozar de la eterna vida. Permanezcamos, pues, en paz, y sirvamos a Dios para ser suyos en esta vida mortal, y aún más en la vida eterna.

VI

Que no podemos llegar a esta perfecta unión de amor con Dios en esta vida mortal

¡Oh Dios mío! —dice San Agustín—, habéis creado mi corazón para Vos y jamás tendrá reposo hasta que descanse en Vos: mas, *¿qué cosa puedo apetecer en el suelo y qué he de desear sobre la tierra? Sí, Señor, porque Vos sois el Dios de mi corazón, y mi herencia por toda la eternidad*[27]. Sin embargo, esta unión, a la cual nuestro corazón aspira, no puede llegar a su perfección en esta vida mortal. Podemos comenzar a amar a Dios en este mundo, pero sólo en el otro le amaremos perfectamente.

La celestial amante lo expresa de una manera muy delicada: *He aquí que encontré al que adora mi alma; asile y no le soltaré hasta haberle hecho entrar en la casa de mi madre, en la habitación de la que me dio la vida*[28]. Encuentra, pues, a su Amado, porque Él le hace sentir su presencia con mil consolaciones; gócese de Él, porque este sentimiento produce vehementes afectos, por los cuales le estrecha contra sí y le abraza; asegura que jamás le soltará. ¡Ah!, no; porque estos afectos se convierten en resoluciones eternas. Con todo no piensa en darle el beso nupcial hasta que esté con Él en la casa de su madre, que, como dice San Pablo, es la celestial Jerusalén, donde, *se celebrarán las bodas del Cordero*[29]. Aquí, en esta vida caduca, el alma está verdaderamente prometida y desposada con el Cordero inmaculado, pero todavía no está casada con Él. La fe y la palabra se dan en este mundo, pero queda diferida la celebración del matrimonio; por esta causa, siempre cabe el desdecirse, aunque jamás haya motivo para ello, pues nuestro Esposo nunca nos dejará, si no le obligamos a ello con nuestra deslealtad y perfidia. Pero, en el cielo, celebradas ya las

bodas y consumada esta divina unión, el vínculo de nuestros corazones con nuestro soberano Príncipe será eternamente indisoluble.

VII

Que la caridad de los santos, en esta vida mortal, iguala y, aún excede, a veces, a la de los bienaventurados

Cuando, después de los trabajos y de los azares de esta vida mortal, las almas buenas llegan al puerto de la eterna, son elevadas hasta el más alto grado de amor a que pueden llegar, y este final acrecentamiento de amor que se les concede en recompensa de sus méritos, se les reparte, no según una buena medida, sino *según una medida apretada y bien colmada, hasta derramarse*[30], como lo dijo nuestro Señor; de suerte que el amor que se da como premio es, en cada uno, mayor que el que se le dio para merecer. Ahora bien, no sólo cada uno en particular tendrá en el cielo un amor que jamás tuvo en la tierra, sino que, además, el ejercicio del más pequeño grado de caridad, en la vida celestial, será mucho más excelente y dichoso, generalmente hablando, que el de la mayor caridad que se haya tenido, se tenga o se pueda tener en esta vida caduca. Porque en el cielo los santos practican el amor incesantemente, sin interrupción alguna, mientras que, en este mundo, los más grandes siervos de Dios, obligados y tiranizados por las necesidades de esta vida de muerte, se ven en el trance de tener que padecer mil y mil distracciones, que, con frecuencia, los desvían del ejercicio del santo amor.

En el cielo, Teótimo; la atención amorosa de los bienaventurados es firme, constante e inviolable, de manera que no puede perecer ni disminuir. Su intención es siempre pura y está exenta de toda confusión con cualquiera otra intención inferior. En una palabra, la felicidad de ver a Dios claramente y de amarle sin variación es incomparable. ¿Y quién podrá jamás igualar el bien, si es que hay alguno, de vivir entre los peligros, las continuas tormentas, los vaivenes y las perpetuas mudanzas que se padecen en el mar, con el contento de estar en un palacio real, donde se encuentran todas

las cosas que se pueden desear y donde las delicias sobrepujan todos los deseos?

Hay, pues, mayor contento, mayor suavidad y mayor perfección en el ejercicio del santo amor entre los habitantes del cielo, que entre los peregrinos de esta miserable tierra. Pero también ha habido personas tan dichosas en esta peregrinación, que su caridad ha sido mayor que la de muchos santos que gozan ya en la eterna patria. No es, ciertamente, verosímil que la caridad de San Juan, de los Apóstoles y de los varones apostólicos no fuese mayor, aun mientras vivían en este mundo, que la de los niños que, habiendo muerto con sólo la gracia bautismal, gozan de la gloria de la inmortalidad.

No es cosa ordinaria el que los pastores sean más valientes que los soldados, y, sin embargo, David, pequeño pastor, que, al llegar al ejército de Israel, vio que todos eran más diestros que él en el ejercicio de las armas, fue el más valiente de todos[31]. Tampoco es cosa ordinaria el que los hombres mortales tengan más caridad que los inmortales; mas a pesar de ello, ha habido mortales que, siendo inferiores en el ejercicio del amor a los inmortales, los aventajan en la caridad y en el hábito amoroso. Y, así como al comparar un hierro candente con una lámpara encendida, decimos que el hierro tiene más fuego y más calor, y que la lámpara tiene más llama y despide más luz; también, al comparar un niño glorioso con San Juan todavía preso, o con San Pablo todavía cautivo, diremos que el niño en el cielo, tiene más claridad y más luz en el entendimiento, más llama y mayor ejercicio del amor en la voluntad, pero que San Juan y San Pablo tuvieron en la tierra más fuego de caridad y más calor de dilección.

VIII

Del incomparable amor de la Madre de Dios Nuestra Señora

En todo y siempre, cuando trazo comparaciones, no es mi intento hablar de la Santísima Virgen madre, Nuestra Señora, porque Ella es la hija de un amor incomparable; es la *única paloma, la toda perfecta*[32]. Esposa, *escogida, como el sol entre los astros*[33]. Y pasando más adelante, creo también que, así como la caridad de

esta Madre de amor sobrepuja a la de todos los santos del cielo en perfección, asimismo la ejercitó de una manera mucho más excelente que ellos en esta vida mortal. Jamás pecó venialmente, según lo estima la Iglesia; nunca hubo mudanzas ni retrasos en el progreso de su amor, antes al contrario, subió de amor en amor con un perpetuo avance; no sintió ninguna contradicción del apetito sensual, por lo que su amor reinó apaciblemente en su alma y produjo todos sus efectos en la medida de sus deseos. La virginidad de su corazón y la de su cuerpo fueron más dignas y más honorables que la de los ángeles. Por esta causa, su espíritu, si se me permite emplear una expresión de San Pablo, no estuvo *dividido*[34] ni repartido, sino que *anduvo solícito por las cosas del Señor y por lo que había de agradar a Dios*[35]. Finalmente, ¿qué no hubo de hacer en el corazón de una tal Madre y para el corazón de un tal Hijo, el amor maternal, el más apremiante, el más activo, el más ardiente de todos, amor infatigable y jamás saciado?

No alegues que esta Virgen estuvo sujeta al sueño, Teótimo. Porque ¿no ves que su sueño es un sueño de amor, de suerte que su mismo Esposo la deja que duerma cuanto le plazca? Atiende bien a estas palabras: *Os conjuro* —dice—, *que no despertéis a mi amada, hasta que ella quiera*[36]. Esta reina celestial jamás dormía sino de amor, pues no concedía ningún reposo a su cuerpo más que para vigorizarlo y hacerlo más apto para mejor servir, después, a su Dios; acto, ciertamente, muy excelente de caridad. Porque, como dice el gran San Agustín, esta virtud nos obliga a amar convenientemente a nuestros cuerpos, en cuanto son necesarios para la práctica de las buenas obras; forman parte de nuestra persona y han de ser partícipes de la felicidad eterna. Un cristiano ha de amar a su cuerpo como a la imagen viviente del cuerpo del Salvador encarnado, como nacido, con Él, del mismo tronco, y, por consiguiente, como algo que está unido con Él por lazos de parentesco y consanguinidad, sobre todo después de haber renovado la alianza por la recepción real de este divino cuerpo del Redentor, en el adorable sacramento de la Eucaristía, y de habernos dedicado y consagrado a su soberana bondad, por el bautismo, la confirmación y los demás sacramentos.

Mas, la Santísima Virgen, ¡debía amar a su cuerpo virginal, no sólo porque era un cuerpo manso, humilde, puro, obediente al amor santo, y estaba todo perfumado de mil sagradas dulzuras,

sino también porque era la fuente viva del cuerpo del Salvador y le pertenecía íntimamente por un derecho incomparable! Por esto, cuando entregaba su cuerpo angelical al reposo del sueño, le decía: Descansa, trono de la Divinidad; reposa un poco de tus fatigas y repara tus fuerzas con esta dulce tranquilidad.

¡Qué consuelo oír a San Juan Crisóstomo contar a su pueblo el amor que le tenía! «Cuando la necesidad del sueño —dice—, cierra mis párpados, la tiranía de mi amor a vosotros abre los ojos de mi espíritu; y muchas veces, entre sueños, me ha parecido que os hablaba, porque el alma acostumbra a ver, en sueños, por la imaginación, lo que ha pensado durante el día. Así, cuando no os veo con los ojos de la carne, os veo con los ojos de la caridad.» ¡Ah, dulce Jesús! ¿Qué debía soñar vuestra santísima Madre, mientras dormía y su corazón velaba? Tal vez soñaba, algunas veces, que, así como nuestro Señor había dormido sobre su pecho, como un corderito sobre el blando seno de su madre, de la misma manera dormía Ella en su costado abierto, como blanca *paloma en los agujeros de las peñas*[37]. De suerte que su sueño, en cuanto a la actividad del espíritu, era parecido al éxtasis, aunque, en cuanto al cuerpo, fuese un dulce y agradable alivio y descanso. Y, si alguna vez soñó, los progresos y el fruto de la redención obrada por su Hijo, en favor de los ángeles y de los hombres[38], ¿quién podrá jamás imaginar la inmensidad de tan grandes delicias? ¡Qué coloquios con su querido Hijo! ¡Qué suavidad por todas partes!

El corazón de la Virgen madre permaneció perpetuamente abrasado en el amor que recibió de su Hijo, hasta llegar al cielo, lugar de su origen; tan cierto es que esta madre es la *Madre del amor hermoso*[39], es decir, la más amable, la más amante y la más amada Madre de este único Hijo, que es también el más amable, el más amante y el más amado de esta única Madre.

IX

Preparación para el discurso acerca de la unión de los bienaventurados

El amor triunfante de los bienaventurados en el cielo consiste

en la final, invariable y eterna unión del alma con Dios.

La verdad es el objeto de nuestro entendimiento, el cual, por lo mismo, tiene todo su contento en descubrir y conocer la verdad de las cosas, y, según que las verdades sean más excelentes, con más gusto y más atención se aplica a ellas.

Mas, cuando nuestro espíritu, levantado por encima de la luz natural, comienza a ver las sagradas verdades de la fe, el alma se derrite, al oír la palabra de su celestial Esposo, que le parece *más dulce* y más suave *que la miel* de todas las ciencias humanas[40].

¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, mientras nos hablaba por el camino?[41] decían los dichosos peregrinos de Emaús, hablando de las amorosas llamas de que se sentían tocados por la palabra de la fe. Pues, si las verdades divinas son tan suaves, propuestas a la sola luz obscura de la fe, ¿qué ocurrirá, cuando las contemplemos a la luz meridiana de la gloria?

Cuando al llegar a la celestial Jerusalén, veremos al gran rey de la gloria, sentado en el trono de la sabiduría, manifestando, con incomprensible claridad, las maravillas y los secretos eternos de su verdad soberana, con tanta luz, que nuestro entendimiento verá presentes las cosas que creyó en este mundo, entonces, mi querido Teótimo, ¡qué éxtasis, qué admiración, qué dulzura! Jamás —diremos en un exceso de suavidad—, jamás hubiéramos creído poder contemplar verdades tan deleitables.

X

Que el deseo precedente acrecentará en gran manera la unión de los bienaventurados con Dios

El deseo que precede el gozo hace que el sentimiento de éste sea más agudo y refinado, y, cuanto más apremiante y más fuerte, es el deseo, más agradable y deliciosa es la cosa deseada. ¡Oh Jesús mío! ¡Qué gozo para el corazón humano ver la faz de la Divinidad, faz tan deseada, faz que es el único deseo de nuestras almas! Nuestros corazones tienen una sed que no puede ser extinguida por los goces de la vida mortal. No tengas jamás reposo ni tranquilidad en esta tierra, alma mía, hasta que hayas encontrado las fres-

cas aguas de la vida inmortal y de la Divinidad santísima, que son las únicas que pueden extinguir tu sed y calmar tus deseos.

Imagínate, Teótimo, con el Salmista, aquel ciervo[42] que, acosado por la jauría, siente que le faltan el aliento y los pies, y se arroja con avidez al agua que anda buscando. ¡Con qué ardor se sumerge en este elemento! Parece que gustosamente se derretiría y se convertiría en agua, para gozar más a sus anchas de su frescura. ¡Qué unión la de nuestro corazón allá en el cielo, donde, después de estos deseos infinitos del verdadero bien, jamás saciados en este mundo, encontraremos su verdadero y abundante manantial!

XI

De la unión de los espíritus bienaventurados con Dios en la visión de la divinidad

Las verdades significadas en la palabra de Dios, son representadas en el entendimiento, como las cosas reflejadas en el espejo son, por el espejo, representadas en el ojo, de forma que, como dice el gran Apóstol, creer *es ver como por un espejo*[43].

Pero, en el cielo, la Divinidad se unirá por sí misma a nuestro entendimiento, sin la interposición de especie ni representación alguna; al contrario, se aplicará y juntará por sí misma a nuestro entendimiento, haciéndosele tan presente, que esta íntima presencia hará las veces de representación y de especie. ¡Qué suavidad, para el entendimiento humano permanecer siempre unido con su soberano objeto, recibiendo no su representación sino su presencia; no una imagen o especie, sino la propia esencia de la divina Verdad! Dios, nuestro padre, no se contenta con hacer que nuestro entendimiento reciba su propia substancia, es decir, con hacernos ver su divinidad, sino que, además, por un abismo de su dulzura, Él mismo aplica su substancia a nuestro espíritu, para que la entendamos, no ya en especie o representación, sino en sí misma y por sí misma; de suerte que su substancia paternal y eterna sirve, a la vez, de especie y de objeto para nuestro entendimiento. Y entonces quedan realizadas de una manera excelsa estas divinas promesas: *Yo la amamantaré y la llevaré a la soledad, y le hablaré al cora-*

zón[44]*. Congratulaos con Jerusalén y regocijaos con ella, a fin de que, así, saquéis abundante copia de delicias de su consumada gloria. Vosotros seréis llevados a su regazo y acariciados sobre su seno*[45].

Felicidad infinita, de la cual no sólo tenemos las promesas, sino también las prendas en el santísimo sacramento de la Eucaristía, perpetuo banquete de la gracia divina; porque, en ella recibimos la sangre del Salvador en su carne, y su carne, en su sangre, para que sepamos que de la misma manera nos aplicará su esencia divina en el festín eterno de la gloria. Es verdad que, en este mundo, este favor se nos hace realmente, pero encubierto bajo las especies y apariencias sacramentales; pero, allá, en el cielo, la Divinidad se nos dará abiertamente, y la veremos *cara a cara*[46], tal cual es.

XII

De la unión eterna de los espíritus bienaventurados con Dios en la visión del nacimiento eterno del Hijo de Dios

Nuestro entendimiento, Teótimo, verá a Dios; pero, como he dicho, le verá cara a cara, contemplando, merced a la visión de su verdadera y real presencia, la propia esencia divina, y, en ella, sus infinitas bellezas, la omnipotencia, la suma bondad, la omnisciencia, la justicia infinita y todo el abismo de perfecciones.

Verá, pues, claramente, este entendimiento, el conocimiento infinito que, desde toda la eternidad, el Padre ha tenido de su propia hermosura, y cuya extensión, en Sí mismo, pronuncia eternamente el Verbo, palabra y dicción absolutamente única e infinita, que abarcando y representando toda la perfección del Padre, no puede ser sino un mismo y único Dios con Él, sin división ni separación alguna.

Luego este hijo, infinita imagen y figura de su Padre infinito, es un solo Dios absolutamente único e infinito con el Padre, sin que exista ninguna distinción o diferencia de substancia de personas. Así Dios, que es sólo, no es, por esto, solitario; porque es solo en su única y simplicísima divinidad; pero no es solitario, porque es Padre e Hijo en dos personas. ¡Qué gozo, qué alegría, al celebrar

este nacimiento eterno, que se hace *en los esplendores de los santos*[47]; o, mejor dicho, al verlo.

El dulcísimo San Bernardo, mozo todavía, estaba, la noche de Navidad, en la iglesia de Chatillón, junto al Sena, aguardando el comienzo de los divinos oficios. Durante esta espera, durmióse ligeramente el buen jovencito, y vio en sueños, en espíritu, pero de una manera muy clara y distinta, como el Hijo de Dios, desposado con la naturaleza humana y hecho niño en las entrañas de su purísima Madre, nacía virginalmente de su sagrado seno con una humilde suavidad mezclada con majestad celestial.

Visión, que de tal manera llenó de gozo el corazón amante de San Bernardo, que conservó de ella, durante toda su vida, un recuerdo en extremo emocionante, de suerte que, si bien durante toda su vida, como una abeja sagrada, recogió siempre de todos los misterios divinos la miel de mil suaves y celestiales consuelos, todavía la solemnidad de este nacimiento le llenaba de una suavidad particular, y hablaba con un placer sin igual de la natividad de su Maestro. Pues bien, si una visión mística e imaginaria del nacimiento temporal y humano del Hijo de Dios, por el cual nacía hombre de una mujer, y virgen de una virgen, arrebató y conmovió tan fuertemente el corazón de un niño, ¿qué ocurrirá, cuando nuestros espíritus gloriosamente iluminados con la claridad de la bienaventuranza, verán aquel nacimiento eterno, por el cual el Hijo procede Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, divina y eternamente? Entonces nuestro espíritu se juntará, por una incomprensible complacencia, a este objeto tan delicioso, y, por una inmutable atención, permanecerá unido a él eternamente.

XIII

De la unión de los espíritus bienaventurados con Dios en la visión de la producción del Espíritu Santo

Al ver el Padre eterno la infinita bondad y belleza de su esencia, tan viva, esencial y substancialmente expresada en su Hijo, y recíprocamente, al ver el Hijo que su misma esencia, bondad y

belleza está originariamente en su Padre como en su fuente o manantial, ¿es posible que este Padre divino y este Hijo no se amen con un amor infinito, pues su voluntad, con la cual se aman, y su belleza, por cuya causa se aman, son infinitas en el uno y en el otro?

Cuando el amor no nos encuentra iguales, nos iguala; cuando no nos encuentra unidos, nos une. Ahora bien, al encontrarse el Padre y el Hijo no solamente iguales y unidos, sino siendo un mismo Dios, una misma esencia y una misma unidad, ¿cuál no ha de ser el amor que mutuamente se tienen? Mas este amor no transcurre como el amor que las criaturas intelectuales se tienen las unas a las otras o a su Creador. Porque el amor creado es un conjunto de impulsos, suspiros, uniones y vínculos que se entrelazan y forman la continuación del amor mediante una dulce sucesión de movimientos espirituales. Pero el amor divino del Padre eterno a su Hijo se realiza por un solo suspiro, recíprocamente exhalado por el Padre y por el Hijo, que, de esta suerte, permanecen juntamente unidos y ligados.

Y, como quiera que el Padre y el Hijo que suspiran tienen una esencia y una bondad infinita, por la cual suspiran, es imposible que el suspiro no sea infinito, y, como que no puede ser infinito sin que sea Dios, resulta que este espíritu suspirado por el Padre y por el Hijo es verdadero Dios. Y, no habiendo ni pudiendo haber más que un solo Dios, este espíritu es menester que sea una tercera persona divina, la cual, con el Padre y con el Hijo, no sea, sino un solo Dios. Y porque este amor es producido a manera de suspiro o inspiración, se llama Espíritu Santo.

Si la amistad humana es tan agradablemente amable y esparce un olor tan delicioso sobre los que la contemplan, ¿qué será, ver el ejercicio sagrado del recíproco amor del Padre para con el Hijo eterno? San Gregorio Nacianceno nos cuenta que la incomparable amistad que reinaba entre él y su amigo Basilio, era celebrada en toda Grecia, y Tertuliano testificaba que los paganos admiraban el amor más que fraternal que se profesaban los primeros cristianos. ¡Con qué alabanzas y bendiciones será celebrada, con qué admiración será honrada y amada la eterna y soberana amistad del Padre y del Hijo! Nuestro corazón, Teótimo, se hundirá en un abismo de amor y de admiración ante la hermosura y la suavidad del amor

que este Padre celestial y este Hijo incomprensible practican divina y eternamente.

XIV

Que la santa cruz de la gloria servirá para la unión de los espíritus bienaventurados con Dios

El entendimiento creado verá, pues, la esencia divina sin la interposición de especie o representación alguna; pero sin embargo no la verá sin que alguna excelente claridad le disponga, le lleve y le de fuerzas para que sea capaz de una visión tan alta y de un objeto tan sublime y tan brillante. Porque, así como la lechuza tiene la vista bastante fuerte para ver la luz sombría de la noche serena, pero no para ver la claridad del mediodía, que es demasiado resplandeciente para ser recibida por unos ojos tan turbios y delicados, de la misma manera nuestro entendimiento, que tiene suficiente capacidad para considerar las verdades naturales con sus propios discursos, y aun las cosas sobrenaturales de la gracia, por la luz de la fe, no puede, empero, ni por la luz natural ni por la luz de la fe, alcanzar a ver la substancia divina en sí misma. Por esta causa, la suavidad de la sabiduría eterna ha dispuesto no aplicar su esencia a nuestro entendimiento, sin antes haberlo preparado, robustecido y habilitado para recibir una visión tan eminente y tan desproporcionada a su condición natural, como lo es la visión de la divinidad. El sol, soberano objeto de los ojos del cuerpo entre todas las cosas naturales, no se presenta a nuestra vista sin enviar primero sus rayos, por cuyo medio le podemos ver, de suerte que no le vemos sino por su luz. Sin embargo, hay una gran diferencia entre los rayos que envía a nuestros ojos y la luz que Dios creará en nuestros entendimientos en el cielo; porque el rayo del sol corporal no fortalece nuestros ojos, que son flacos e impotentes para verle, sino que los ciega, deslumbrándolos y desvaneciendo su débil vista; en cambio, esta sagrada luz de la gloria, al encontrar a nuestros entendimientos ineptos e incapaces de ver la divinidad, los eleva, vigoriza y perfecciona de una manera tan excelente, que, por una maravilla incomprensible, miran y contemplan directa y

fijamente el abismo de la divina claridad en sí misma, sin quedar deslumbrados y sin cerrarse ante la grandeza infinita de su brillo.

Y así como Dios nos ha dado la luz de la razón, por la cual podemos conocerle como autor de la naturaleza, y la luz de la fe, por la cual le consideramos como fuente de la gracia, asimismo nos dará la luz de la gloria, por la cual le contemplaremos como fuente de la bienaventuranza y de la vida eterna, pero fuente que no contemplaremos de lejos, como lo hacemos ahora por la fe, sino por la luz de la gloria, sumergidos y abismados en ella.

XV

Que la unión de los bienaventurados con Dios tendrá diferentes grados

Esta luz de la gloria, será la que dará la medida a la visión y contemplación de los bienaventurados y, según sea mayor o menor este santo resplandor, veremos más o menos claramente, y por consiguiente más o menos felizmente, la santísima Divinidad, la cual, diversamente contemplada, nos hará diversamente gloriosos. Es verdad que, en este paraíso celestial todos los espíritus ven toda la esencia divina; mas ninguno entre ellos, ni todos juntos, la ven ni pueden verla totalmente, porque, siendo Dios absolutamente único y simplicísimamente indivisible, no se puede ver sin que se vea todo; pero, siendo infinito, sin límite, término, ni medida, no puede haber capacidad alguna, fuera de Él mismo, que pueda jamás comprender o penetrar totalmente la infinidad de su bondad infinitamente esencialmente infinita.

Esta infinidad divina siempre tendrá en grado infinito muchas más excelencias que nosotros suficiencia y capacidad, y nuestro contento será indecible, cuando, después de haber saciado todos los deseos de nuestro corazón y de haber llenado colmadamente su capacidad con el goce del bien infinito que es Dios, sepamos que, en esta infinidad, todavía quedan infinitas perfecciones para ver, gozar y poseer, que sólo su divina Majestad ve y comprende, pues sólo Ella se comprende a Sí misma.

Y, los espíritus bienaventurados se sienten arrebatados por

una doble admiración; por la infinita hermosura que contemplan, y por el abismo de la afinidad que les queda por ver en esta misma hermosura. ¡Dios mío! ¡qué admirable es lo que ven! Pero, ¡cuánto más lo es lo que no ven! Y, sin embargo, la santísima hermosura que ven, por ser infinita, les satisface y sacia perfectamente, y contentándose con gozar de ella según el lugar que ocupan en el cielo, a causa de la amable providencia divina, que así lo ha dispuesto, convierten el conocimiento que tienen de no poseer y de no poder poseer totalmente su objeto, en una simple complacencia de admiración, merced a la cual tienen un gozo soberano, al ver que la belleza que aman es de tal manera infinita, que no puede ser totalmente conocida sino por sí misma. Porque en esto consiste la divinidad de esta belleza infinita, o la belleza de esta infinita divinidad.

LIBRO CUARTO

De la decadencia y ruina de la caridad

I

Que podemos perder la caridad y el amor de Dios mientras estamos en esta vida mortal

No va dirigido este discurso a las grandes almas escogidas, que Dios, por un favor especialísimo, de tal manera sostiene y confirma en su amor, que están fuera de todo peligro de perderlo. Hablamos para el resto de los mortales, a los cuales el Espíritu Santo dirige estas advertencias: *Mire no caiga el que piensa estar firme*[1]. *Mantén lo que tienes*[2]. *Esforzaos para asegurar vuestra vocación por medio de las buenas obras*[3]. Después de lo cual les hace pronunciar esta plegaria: *No me arrojes de tu presencia ni retires de mi tu santo espíritu*[4]. *Y no nos dejes caer en la tentación*[5], para que *obren su propia salvación* con un santo *temblor*[6] y un temor saludable; sabiendo que no son constantes y firmes en conservar el amor de Dios; que el primer ángel, con sus secuaces, y Judas, que lo habían recibido, lo perdieron, y, perdiéndolo, se perdieron a sí mismos; que nadie duda de que Salomón, habiéndolo una vez rechazado, se condenó; que Adán, Eva, David, San Pedro, siendo hijos de salvación, no dejaron, empero, por algún tiempo, de decaer en este amor, fuera del cual nadie se salva.

¿Cómo es posible que un alma, que posee el amor de Dios, pueda un día perderlo? Porque donde hay amor hay resistencia al pecado. Y, puesto que el *amor es fuerte como la muerte e implacable como el infierno*[7] *en el combate,* ¿cómo es posible que las fuerzas de la muerte o del infierno, es decir, los pecados, venzan al amor, que, por lo menos, les iguala en fuerza, y les aventaja en los

auxilios y en derecho? ¿Cómo se explica que un alma racional, que haya gustado una vez una tan grande dulzura, como lo es la del amor divino, pueda seguir la vanidad de las criaturas?

Mi querido Teótimo, *los mismos cielos se pasman y las puertas celestiales se horrorizan*[8], *y los ángeles de paz*[9] quedan sobrecogidos de admiración ante esta prodigiosa miseria del corazón humano, que deja un bien tan amable, para unirse a unas cosas tan rastreras.

Es imposible ver a la Divinidad y no amarla. Mas, en este mundo, donde sin verla la entrevemos a través de las sombras de la fe, *como en un espejo*[10], nuestro conocimiento no es tan grande que no dé entrada a la sorpresa de otros objetos y bienes aparentes, los cuales, entre las obscuridades que se mezclan con la certeza y la verdad de la fe, se deslizan insensiblemente como *raposillas que están asolando las viñas*[11]. En fin, cuando poseemos la caridad, nuestro libre albedrío anda ataviado con el vestido de bodas, del cual, así como puede estar siempre vestido, si así lo quiere, puede también despojarse, por el pecado.

II

Del enfriamiento del alma en el amor sagrado

La caridad está, a veces, tan desfallecida y abatida en el corazón, que casi no se manifiesta por ningún acto, y, sin embargo, no deja de morar toda entera en la suprema región del alma, y esto sucede cuando el santo amor, bajo la multitud de los pecados veniales, como bajo la ceniza, permanece cubierto, con su brillo amortiguado, aunque no apagado ni extinguido; porque, así como la presencia del diamante estorba e impide el ejercicio y la acción de la propiedad que el imán posee para atraer el hierro, sin privarle, con todo, de dicha propiedad, la cual obra en cuanto el impedimento es removido; de la misma manera, la presencia del pecado venial no arrebata a la caridad su fuerza y su potencia para obrar, pero la entorpece, en cierto modo, y la priva del uso de su actividad, de suerte que queda inactiva, estéril e infecunda.

Es cierto que ni el pecado venial ni el afecto al mismo son con-

trarios a la resolución esencial de la caridad, que es la de preferir a Dios sobre todas las cosas, pues, por este pecado, amamos alguna cosa fuera de razón, pero no contra razón; nos inclinamos, con algún exceso y más de lo que conviene, a la criatura, pero sin preferirla al Creador; nos entretenemos demasiado en las cosas de la tierra, pero no dejamos por ellas las celestiales. En una palabra, este pecado hace que andemos con retraso por el camino de la caridad, pero no nos aparta de él, por lo que, no siendo el pecado venial contrario a la caridad, jamás la destruye, ni en todo ni en parte.

Este afecto, pegándonos demasiado al goce de las criaturas, estorba la intimidad espiritual entre Dios y nosotros, a la cual la caridad, como verdadera amistad, nos incita. Por lo mismo, hace que perdamos los auxilios y los socorros interiores, que son como los espíritus que dan vida y alientos al alma, y de cuya falta proviene la parálisis espiritual, la cual, si no se le pone remedio, nos acarrea la muerte. Porque, en último término, siendo la caridad una cualidad activa, no puede durar mucho tiempo sin obrar o perecer.

Los espíritus viles, perezosos y entregados a los placeres exteriores, no estando instruidos para los combates, ni ejercitados en las armas espirituales no velan casi nunca por la caridad, y, ordinariamente, se dejan sorprender por la culpa mortal; lo cual acontece más fácilmente, cuando el alma, por el pecado venial, está más dispuesta para caer en el pecado mortal.

III

Cómo se deja el divino amor por el amor a las criaturas

Esta desgracia, a saber, la de dejar a Dios por la criatura, sobreviene de esta manera. Nosotros no amamos a Dios sin intermitencias, porque, en esta vida mortal, la caridad está en nosotros a manera de simple hábito, del cual, usamos, cuando nos place, y nunca contra nuestro querer. Luego, cuando nosotros no ejercitamos la caridad que poseemos, es decir, cuando no aplicamos nuestro espíritu a las prácticas del amor sagrado, porque lo tenemos distraído en otras ocupaciones, o porque, perezoso de suyo, permanece inútil y negligente, entonces, puede ser tocado

de algún objeto malo y sorprendido por alguna tentación. Esto sucedió a nuestra madre Eva, cuya perdición comenzó por cierto entretenimiento que halló en conversar con la serpiente y en la complacencia que sintió al oírla hablar del acrecentamiento de su ciencia, y al ver la hermosura del fruto prohibido; de suerte que aumentando la complacencia con el entretenimiento y éste con la complacencia, se encontró, al fin, tan comprometida, que, dejándose llevar hasta el consentimiento, cometió el desdichado pecado, al cual arrastró después a su esposo[12].

Si no nos entretuviésemos en la vanidad de los placeres caducos, y, sobre todo, en complacer a nuestro amor propio, sino que, una vez en nuestro poder la caridad, fuésemos cuidadosos de volar directamente hacia donde ella nos lleva, nunca las sugestiones ni las tentaciones harían presa en nosotros.

Dios no quiere impedir que las tentaciones nos combatan, para que, resistiendo, se ejercite más y más la caridad, y pueda, por el combate, reportar la victoria, y, por la victoria, obtener el triunfo. Pero el que tengamos cierta inclinación a deleitarnos en las tentaciones, proviene de la condición de nuestra naturaleza, que ama tanto el bien, que está expuesta a ser atraída por todo lo que de bien tiene alguna apariencia; y lo que la tentación nos ofrece como cebo siempre tiene este aspecto. Porque, como enseñan las sagradas Letras, o es un bien honroso según el mundo, a propósito para provocar *la soberbia de la vida* mundana, o un bien deleitable a los sentidos, para arrastrarnos a la *concupiscencia de la carne,* o un bien útil para enriquecernos y para incitarnos a la avaricia o *concupiscencia de los ojos*[13]. Si nuestra fe fuese tal, que supiese discernir entre los verdaderos bienes, que podemos procurar, y los falsos, que debemos rechazar, y que estuviese vivamente atenta a sus deberes, entonces sería el seguro centinela de la caridad y le avisaría la presencia del mal que se acerca al corazón, y la caridad lo rechazaría al punto. Mas, porque nuestra fe está, ordinariamente, dormida, o menos atenta de lo que la conservación de nuestra caridad requiere, somos, con frecuencia, sorprendidos por la tentación, y, al seducir ésta nuestros sentidos, y al incitar éstos la parte inferior de nuestra alma a la rebelión, sucede, muchas veces, que la parte superior de la razón cede al empuje de esta rebeldía, y, cometiendo el pecado, pierde la caridad.

Con todo su séquito, es decir, con todos los dones del Espíritu Santo y demás virtudes celestiales, que son sus inseparables compañeras, si no son sus disposiciones y propiedades; y no queda, en nuestra alma, ninguna virtud de importancia, fuera del don de la fe, que, con su ejercicio, puede hacernos ver las cosas eternas, y el de la esperanza con su acción, los cuales, aunque tristes y afligidos, mantienen en nosotros la calidad y el título de cristiano que se nos confió por el bautismo. ¡Qué espectáculo más lamentable para los ángeles de paz, el ver cómo el Espíritu Santo y su amor salen de las almas pecadoras!

IV

Que el amor sagrado se pierde en un momento

El amor a Dios, que nos lleva hasta el desprecio de nosotros mismos, nos hace ciudadanos de la Jerusalén celestial; el amor a nosotros mismos, que nos impele hacia el desprecio de Dios, nos hace esclavos de la Babilonia infernal. Ahora bien, es cierto que hacia el desprecio de Dios caminamos poco a poco; mas cuando llegamos a él, entonces, en seguida y en un instante, la caridad se separa de nosotros, o, mejor dicho, perece eternamente. En este desprecio de Dios consiste el pecado mortal, y un solo pecado mortal ahuyenta la caridad del alma, en cuanto rompe el vínculo y la unión de ésta con Dios, que es la obediencia y la sumisión a su voluntad. Y, así como el corazón humano no puede estar vivo y partido, tampoco la caridad, que es el corazón del alma y el alma del corazón, nunca puede ser lesionada sin que muera.

Los hábitos que adquirimos sólo por los actos humanos, no perecen por un solo acto contrario, pues nadie dirá que un hombre sea intemperante por haber cometido un solo acto de intemperancia, ni que un pintor no sea un buen artista, por haberse equivocado una vez en su arte; así como todos estos hábitos no se engendran en nosotros sino por la impresión de una serie de muchos actos, de la misma manera, no los perdemos sino por una prolongada interrupción de sus actos o por una multitud de actos contrarios. Pero la caridad nos es arrebatada en un instante, en seguida que, desvian-

do nuestra voluntad de la obediencia que debemos a Dios, acabamos de consentir en la rebelión y en la deslealtad, a la cual la tentación nos incita.

El Espíritu Santo, una vez ha infundido la caridad en el alma, la acrecienta de grado en grado y de perfección en perfección del amor, siendo la resolución de preferir la voluntad de Dios a todas las cosas, el punto esencial del amor santo.

Luego, cuando nuestro libre albedrío se resuelve a consentir en el pecado, dando muerte, de esta manera, a aquel propósito, la caridad muere con éste, y el alma pierde, en un instante su esplendor, su gracia y su hermosura, que consiste en el santo amor.

V

Que la sola causa de la falta o del enfriamiento de la caridad es la voluntad de las criaturas

El sagrado concilio de Trento inculca divinamente a todos los hijos de la Iglesia santa, que la divina gracia nunca falta a los que hacen lo que pueden e invocan el auxilio celestial, y que Dios nunca deja a los que han sido una vez por Él justificados, a no ser que sean ellos los primeros en dejarle, de suerte que, si son fieles a la gracia, conseguirán la gloria.

Todos los hombres somos viajeros, en esta vida mortal; casi todos nos hemos dormido voluntariamente en la iniquidad; y Dios, sol de justicia, ha lanzado a manera de dardos, no sólo suficientemente, sino también con abundancia, los rayos de sus inspiraciones sobre todos nosotros, y ha dado calor a nuestros corazones con sus bendiciones, tocando a cada uno con los atractivos de su amor. ¿Cuál es la causa de que sean tan pocos los que se sienten movidos por estos alicientes y que sean muchos menos los que por ellos se dejan prender? Ciertamente, los que, siendo atraídos y después movidos, siguen la inspiración, tienen un gran motivo para regocijarse, de ello, mas no para gloriarse. Para regocijarse, porque gozan de un gran bien; mas no para gloriarse, pues todo es por pura bondad de Dios, que, dejando para ellos la utilidad de su beneficio, se reserva la gloria para Sí.

Mas, en cuanto a los que permanecen en el sueño del pecado, ¡con cuánta razón, oh Dios mío, se lamentan, gimen, lloran y se duelen! porque han caído en la más lamentable desdicha; pero sólo tienen razón de dolerse y de quejarse de sí mismos, porque han despreciado y sido rebeldes a la luz, reacios a los atractivos, y se han obstinado contra la inspiración; de suerte que sólo a su malicia deben, para siempre, su maldición y su confusión, pues son los únicos autores de su pérdida, los únicos causantes de su condenación. Así, habiéndose quejado los japoneses a San Francisco Javier, su apóstol, de que Dios, que había tenido tan gran cuidado de otras naciones, parecía haber olvidado a sus predecesores, no habiéndoles concedido su conocimiento, por falta del cual pudieran haberse perdido, respondióles el varón de Dios que, habiendo sido plantada la ley divina natural en el alma de todos los mortales, si sus antepasados la observaron, fueron, sin duda, iluminados por la luz celestial; pero, si la quebrantaron, merecieron ser condenados. Respuesta apostólica de un hombre apostólico, y enteramente semejante a la razón que el gran Apóstol da de la pérdida de los gentiles, de los cuales dice que *no tienen disculpa, porque habiendo conocido el bien siguieron el mal*[14], pues esto es, en pocas palabras, lo que inculca a los romanos en el primer capítulo de su epístola. Y desgracia sobre desgracia para los que no conocen que su desgracia proviene de su malicia.

VI

Que debemos atribuir a Dios todo el amor que le tenemos

La Iglesia nuestra madre, con un ardiente celo, quiere que atribuyamos a nuestra salvación y los medios para llegar a ella a la sola misericordia del Salvador, para que, así en la tierra como en el cielo, sólo a Él se dé todo el honor y toda la gloria.

¿Qué tienes que no hayas recibido? —dice el Apóstol, hablando de los dones de ciencia, elocuencia y de las demás cualidades de los pastores eclesiásticos—, *y, si lo que tienes lo has recibido, ¿de qué te jactas, como si no lo hubieses recibido?*[15]. Es verdad que todo lo hemos recibido de Dios, pero, por encima de

todas las cosas, hemos recibido los bienes sobrenaturales del santo amor.

Si alguno quisiera envalentonarse, por haber hecho algunos progresos en el amor de Dios —le diríamos— ¡infeliz criatura!, estabas desfallecida en tu maldad, sin que te quedasen fuerzas ni vida para levantarte, y Dios, por su infinita misericordia, corrió en tu ayuda, introduciendo en tu corazón su santa inspiración, y tú la recibiste; después, una vez recobraste el sentido, continuó robusteciendo tu espíritu con diversos movimientos y diferentes medios, hasta que derramó en él su caridad, como salud perfecta y vivificadora.

Dime, pues, ahora, ¿qué parte tienes en todo esto para que puedas vanagloriarte? Si Dios no te hubiese prevenido, no hubieras jamás sentido su bondad, ni por consiguiente, consentido en su amor, ni siquiera hubieras tenido un solo buen pensamiento para Él. Su movimiento ha dado su ser y su vida al tuyo, y, si su liberalidad hubiera sido siempre inútil para tu salvación. Confieso que has cooperado a la inspiración con tu consentimiento; pero, tu cooperación ha traído su origen de la acción de la gracia y, a la vez, de tu libre voluntad; así que, si la gracia no hubiese prevenido y llenado tu corazón con su auxilio, jamás hubieras podido ni querido prestar tu cooperación.

Nosotros podemos estorbar los efectos de la inspiración, pero no podemos dárnoslos: ella saca su fuerza y su virtud de la bondad divina, que es el lugar de su origen, y no de la voluntad humana, que es el lugar de su término.

Es, pues, la inspiración la que imprime en nuestro libre albedrío la feliz y suave influencia por la cual, no sólo le hace ver la belleza del bien, sino que, además, la enardece, la ayuda, le da fuerzas y la mueve dulcemente, de suerte que por este medio se desliza gustoso del lado del bien.

Si tenemos algo de amor a Dios, para Él sea el honor y la gloria, que todo lo ha hecho en nosotros de manera que, sin Él, nada se hubiera hecho; y quede para nosotros el provecho y la obligación. Porque esta es la distribución que hace su divina bondad: deja el fruto para nosotros, y reserva para sí el honor y la alabanza; y a la verdad, puesto que nada somos sino por su gracia, nada debemos ser sino para su gloria.

VII

Que hemos de evitar toda curiosidad y conformarnos humildemente con la sapientísima providencia de Dios

Es tan débil el espíritu humano, que, cuando quiere investigar con excesiva curiosidad las causas y las razones de la voluntad divina, se embaraza y enreda entre los hilos de mil dificultades, de los cuales, después, no puede desprenderse. Se parece al humo, que, conforme sube, se hace más sutil, y acaba por disiparse. A fuerza de querer remontarnos con nuestros discursos hacia las cosas divinas, por curiosidad, nos *envanecemos en nuestros pensamientos*[16] *y, en lugar de llegar al conocimiento de la verdad, caemos en la locura* de nuestra vanidad[17].

Pero, de un modo particular, respecto a la Providencia divina, somos caprichosos en lo que atañe a los medios que ella reparte para atraernos a su santo amor, y por su santo amor, a la gloria. Porque nuestra temeridad nos impele siempre a indagar por qué Dios da más medios a unos que a otros; por qué atrae a su amor a uno con preferencia a otro.

Dios hace todas las cosas con gran sabiduría, ciencia y razón, pero de suerte que, no habiendo penetrado el hombre en el divino consejo, cuyos juicios y planes están muy por encima de nuestra capacidad, debemos adorar devotamente sus decretos, como sumamente justos, sin indagar los motivos, que reserva para Sí, para mantener nuestro entendimiento en el respeto y en la humildad que se le deben.

San Agustín, en muchos pasajes de sus obras, enseña esta misma práctica: «Nadie —dice— puede ir hacia el Salvador, si no es atraído. A quién atrae y a quién no atrae; por qué atrae a éste y no atrae a aquél, no quieras juzgarlo, si no quieres errar. Escúchame y procura entenderme. ¿No eres atraído? Ruega, para que lo seas[18]. Ciertamente, al cristiano que vive de la fe y que no conoce, sino en parte, lo que es perfecto, tiene bastante con saber y creer que Dios no libra a nadie de la condenación, sino por una misericordia gratuita, por Jesucristo nuestro Señor, y que no condena a nadie, sino por su justísima verdad, por el mismo Jesucristo. Pero saber por qué libra a éste más bien que a aquél, que escudriñe quien pueda en

esta inmensa profundidad de sus juicios, pero que se guarde del precipicio, pues sus juicios, aunque secretos, no son por esto injustos[19]. Decimos otra vez: *¿Quién eres tú, ho hombre, para reconvenir a Dios?*[21]. *Sus juicios son incomprensibles.* Y añadimos: *No te metas en inquirir lo que está por encima de tu capacidad ni escudriñar aquellas cosas que exceden tus fuerzas*[23].

Siempre me ha parecido admirable y simpática la sabia modestia y la prudentísima humildad del doctor seráfico San Buenaventura, en su discurso acerca de la razón por la cual la divina Providencia destina a los elegidos a la vida eterna. «Tal vez —dice— está la razón en la previsión de las buenas obras que hará aquel que es atraído; pero poder decir qué buenas obras son éstas, la previsión de las cuales sirve de motivo a la divina voluntad, ni lo sé claramente, ni quiero escudriñarlo; y no existe más razón que la de cierta congruencia, de suerte que podríamos dar alguna, y ser otra. Por lo mismo, no podemos indicar con certeza ni la verdadera razón ni el verdadero motivo de la voluntad de Dios en este punto; porque, aunque la verdad sea certísima, está, con todo, muy lejos de nuestros pensamientos, de manera que nada podemos decir con seguridad, si no es por revelación de Aquel a quien todas las cosas son conocidas. Y, puesto que no era conveniente para nuestra salvación el conocimiento de estos secretos, era útil que los ignorásemos, para conservarnos en humildad; por lo cual Dios no quiso revelarlos, y ni aún el mismo Apóstol se atrevió a investigarlos, sino que, al contrario, reconoció la insuficiencia de nuestro entendimiento a este propósito, cuando exclamó: *¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios!*[24]. ¿Se puede hablar más santamente Teótimo, de un tan santo misterio? Éstas son las palabras de un muy santo y juicioso doctor de la Iglesia.

VIII

Exhortación a la amorosa sumisión que debemos a los decretos de la Providencia divina

Las razones de la voluntad divina no pueden ser penetradas por nuestro espíritu, mientras no veamos la faz de Aquel que *abar-*

ca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas y las ordena todas con suavidad[25], *disponiéndolo todo en número, pero y medida*[26], por lo que dice el Salmista: *Todo lo has hecho sabiamente*[27].

¡Cuántas veces acontece que ignoramos el cómo y el porqué de las mismas obras de los hombres!

Se cuenta de los indios que se divierten días enteros junto a un reloj, para oír como da las horas a su debido tiempo, y que, al no poder adivinar como se hace aquello, no dicen, empero, que ocurre sin arte ni razón, sino que permanecen arrebatados por el afecto y reverencia que sienten por aquellos que gobiernan los relojes, a los que admiran como a seres sobrehumanos. Nosotros, vemos también el universo, sobre todo la naturaleza humana, como un reloj, con una variedad tan grande de acciones y movimientos, que no podemos impedir nuestra admiración. Y sabemos, en general, que estas piezas tan diversas sirven todas, o para mostrar, la santísima justicia de Dios, o para manifestar la triunfante misericordia de su bondad, como por un toque de alabanzas. Pero conocer, en particular, el empleo de cada pieza, o cómo está ordenada al fin general, o por qué está hecha de esta manera, no lo podemos entender, si el soberano artífice no nos lo enseña. Ahora bien, para que le admiremos con mayor reverencia, no nos manifestará su arte hasta que nos arrebate, en el cielo, con la suavidad de su sabiduría, cuando en la abundancia de su amor, nos descubra las razones, los medios, los motivos de todo cuanto habrá ocurrido, en este mundo, en provecho de nuestra salvación eterna.

«Nos parecemos —dice el gran Nacianceno— a los que padecen vértigo o mareo. Paréceles a éstos que todo, en torno suyo, da vueltas de arriba abajo, si bien lo que da vueltas no son los objetos sino su cerebro y su imaginación. Porque, de una manera parecida, cuando ocurren algunos hechos cuyas causas son desconocidas, nos parece que las cosas del mundo andan gobernadas sin razón, porque ignoramos éstas. Creamos, pues, que, así como Dios es el autor y el padre de todas las cosas, así también tiene cuidado de ellas por su providencia, la cual abarca toda la máquina de las criaturas; y, sobre todo, creamos que Él preside todos nuestros asuntos, aunque nuestra vida aparezca agitada por tantas contrariedades y accidentes, cuya razón desconocemos, para que, no pudiendo llegar a este conocimiento, admiremos la razón soberana de